

El miedo no es libre

MIGUEL GUTIÉRREZ-GARITANO
ESCRITOR

En la UPV, los fascistas siguen amedrentando a estudiantes y profesores y destruyendo instalaciones públicas; y las autoridades, mientras tanto, en la barca del capitán Schettino

«El miedo es ese pequeño cuarto oscuro donde los negativos son revelados». (Michael Pritchard)

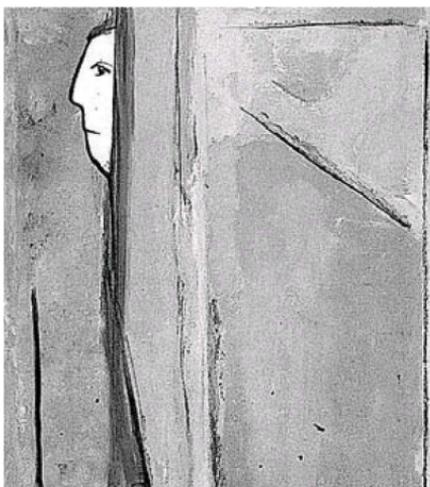
La impunidad con que, durante décadas, los cachorros de ETA llevan actuando en la Universidad del País Vasco, secuestrando la participación de los estudiantes, destruyendo el patrimonio y agrediendo a quienes se les oponen, me ha llevado a reflexionar sobre la responsabilidad en este sentido de las autoridades universitarias; y tengo la convicción de que, tras la dejación de funciones por parte de estas, se esconde el miedo. En realidad, la desbandada del poder civil frente a los violentos y el menoscabo de dignidad social que esto implica, tuvo su origen al inicio de nuestra democracia. Recuerdo aquella imagen como si fuera ayer porque me marcó de por vida: un patán torpe y chusquero en el Congreso de los Diputados con una pistola en la mano, dando órdenes a los pilotos del país como un matón de patio de colegio; y los diputados, los padres conscriptos, tirados por los suelos de mala manera; ojos medrosos que asomaban por las butacas, o ni eso: rostros pegados a la moqueta, durante horas, como ovejitas en un matadero. De entre todos aquellos 'padres y madres de la patria', solo tres tuvieron una actitud más o menos digna; el presidente, sereno aunque apocado; un comunista silencioso pero enhiesto; y un militar que había sido espía de Franco y terminó defendiendo la libertad a empujones. Y eso fue todo. Tres héroes para salvar justo los platos. Y el resto en la barca del capitán Francesco Schettino; que, ante el naufragio de su barco, el crucero 'Costa Concordia', evacuó el primero y se negó a regresar para socorrer a los pasajeros porque decía que era peligroso y estaba oscuro.

Yo tenía cinco años entonces, pero siempre que recuerdo las imágenes del golpe de Tejero, que tengo grabadas a fuego, me digo: «¿Cómo pudo ser? ¿Cómo pudieron ser tan indignos quienes detenían tal responsabilidad y poder?» Alguna vez que ha salido el tema en la conversación, he descubierto con asombro que aquellos cobardes diputados gozan de la comprensión de mucha gente: «el miedo es libre», dicen. Pero yo creo que no es así. ¿Son los diputados menos responsables que un capitán de barco al que se le exige que evacue en último lugar? ¿Tienen menos responsabilidad que un bombero o un sanitario de emergencias a los que se les supone una predisposición al riesgo o al sacrificio? ¿Qué pasaría si un socorrista abandonara a una persona entre las olas porque dijera que «el miedo es libre»? ¿Qué pensaríamos si un juez se dejara amedrentar por un delincuente y sus compinches? ¿Qué de un policía que huyera y dejara al pueblo

a merced de los bandidos? Ante esta tesitura se ve el sheriff Kane –encarnado magistralmente por Gary Cooper– en el filme 'Solo ante el peligro', cuando, ante la inminente llegada de un grupo de asesinos, toda la cúpula civil de un pueblo desaparece como un puñado de espigas al viento; y solo él, como sheriff, por pura vergüenza y respeto por sí mismo y por su cargo, queda para defender la ciudadanía y la libertad.

El miedo nos retrata; no hay manera más directa para conocer a una persona que observar su comportamiento ante una situación de riesgo; y, en un sistema ciudadano, el miedo no es libre. Porque hasta el más humilde de los ciudadanos tiene unas obligaciones para con la sociedad; como la de socorrer, en la medida de lo posible, a sus vecinos cuando están en peligro. Pero la triste realidad es que los que comprenden la actitud medrosa de aquellos diputados, aplican la misma premisa cuando un marido agrede a su mujer en plena calle, cuando se topan a un herido en una carretera en condiciones de riesgo o cuando escuchan los alaridos de alguna víctima en las cercanías. «Esto no va conmigo, que el miedo es libre». Por eso los expertos aconsejan a las chicas que, en caso de ser atacadas por un agresor sexual, griten «fuego»; porque es la mejor manera de recibir ayuda; porque actuar frente a un violador implica riesgo; y porque el violador solo daña a su víctima mientras que el fuego amenaza también al vecino; que, al llamar a emergencias, lo hace movido por el puro egoísmo. Y eso es el miedo instrumentalizado: un tipo de egoísmo cada vez más vigente en una sociedad enferma de individualismo; anímicamente desértica; estructuralmente sociópata.

El miedo no es libre para nadie, pero mucho menos para algunos cargos públicos y en algunos lugares. Citemos como ejemplos los Altos Tribunales, el Congreso de los Diputados o la Universidad. Para llevar las riendas de un país, como entendió bien Salvador Allende, hay que llegar con la dignidad somatizada, el valor templado y la voluntad de ser firme; lo mismo que para ser juez del Tribunal Supremo o «el Sumo Sacerdote del templo del saber», como dijo Miguel de Unamuno en la valiente catilinaria que le dedicó a Millán Astray en el campus de Salamanca. En la Universidad del País Vasco, lamentablemente, los fascistas, tras décadas de terror y cientos de muertos y exiliados, siguen amedrentando a estudiantes y profesores y destruyendo a placer las instalaciones públicas; y las autoridades, mientras tanto, en la barca del capitán Schettino o tiradas bajo los sillones, como aquellos diputados del 81. Que hagan lo que quieran, que el



JOSE IBARROLA

que el